

RecomenTKas

Beatriz CANTERO SAIZ*

Por qué en TK no parece pertinente recomendar (sin dejar de pensar que son vitales) libros sobre circuitos frigoríficos

Los bibliotecarios, por acción y definición, somos recomendadores profesionales. Nuestra labor diaria, entre otras, es enlazar un libro con un lector, procurando que no se dé el fenómeno del respeto mutuo que nos ofrecen el agua y el aceite.

También los bibliotecarios somos lectores. Y hortelanos, padres, cinéfilos, paseantes, arreglamundos... De ahí que cada bibliotecario tenga sus lecturas. Pero también los bibliotecarios tenemos nuestras lecturas, los libros de los bibliotecarios, que no son necesariamente la última actualización de la CDU o un ensayo filosófico sobre los metadatos. Al igual que ofrecemos con un guiño a nuestros lectores más pequeños *El secuestro de la bibliotecaria* como si regalásemos nuestra autobiografía ilustrada, solemos elegir para pasar nuestras noches cualquier ejemplar en cuya contraportada aparecen los términos "libro", "lector" o "papel". Porque disfrutamos con ello y, además, nos invita a actuar: recordemos que no fue sino una bibliotecaria la que posibilitó que el primer libro de Michael Moore esté hoy en nuestras bibliotecas al enfrentarse a un conglomerado económico-ideológico (y un tanto editorial).

Nos interesan a los bibliotecarios esos libros que dan a conocer la experiencia diaria de un maestro, o el estudio sobre el nivel de audiencia televisiva de los anuncios pro-libros del Ministerio; nos interesa la trastienda, y la tienda, de un librero; nos interesan la media de dioptrías del anciano lector; nos interesa la mezcla de colores del ilustrador; nos interesa por qué y cómo una empresa de calcetines es capaz de editar volúmenes sobre física cuántica.

Por todo esto, no parece pertinente recomendar en **TK**, revista de bibliotecarios, libros sobre circuitos frigoríficos (aun sabiendo de sus virtudes en estos tiempos de efecto invernadero). Y sí, en cambio, parece adecuado intercambiar impresiones sobre esos otros libros que a todos, como gremio, nos pueden interesar. Es el caso de los libros que escriben los editores o que nos dan a conocer su extraordinaria actividad, sin la cual los bibliotecarios tendríamos poco pan en la mesa y poca ilusión en nuestros ratos pasados bajo el flexo del salón.

Porque somos los bibliotecarios esos padres o tutores, a veces obsesionados, pero siempre interesados, por saber dónde nació este libro o aquél, qué enfermedades tuvo cuando era librito, de cuántas le vacunaron, quién cuidó al libro, quién le adoptó, cómo acabó así y aquí..., para de este modo poder saber quién es, y qué puede llegar a ser después, para poder saber hacia dónde se dirige, y poder pagarle el viaje y despedirle desplegando un pañuelo (¿de papel?) en el andén de la estación. Y somos los bibliotecarios, igualmente, esas personas que trabajan con y para personas, y nos interesa saber qué buscan, qué enfermedades tuvieron, de cuáles se vacunaron,

67

* Biblioteca Pública de Noáin

cuánto les cuidan, si tienen cobijo..., para poder ofrecerles un libro en cada viaje y despedirles desplegando un pañuelo (¿manchado de tinta?) desde el mostrador de la biblioteca.

Recomentkamos para compartir, para ver los árboles y el bosque al mismo tiempo, para evitar que un día podamos llegar a pensar que nuestro trabajo empieza en nosotros y acabará en nuestra jubilación.

Acerquémonos al libro de otro modo. Sepamos. Sepamos de coser ejemplares y de copyrights, sepamos de guillotinas y de libros en braille. Sepamos de alfabetos y de mujeres y hombres enamorados de componer puzzles con ellos, y de descifrarlos.

Por qué no recomiendo apasionadamente *Editing* de Jacobo Muchnick (sin haber sido tan terrible su lectura)

Si los bibliotecarios somos recomendadores profesionales y mucho más; los editores son, o suelen ser, humanos, entre otras cosas. Por otra parte, las memorias, o los libros que hemos dado en calificar como tales, añaden ese perfil de humanidad a la parcela del oficio. Y unos humanos simpatizan con otros, y otros antipatizan con terceros. Yo me he visto antipatizada, lectura mediante, con un hombre llamado Jacobo Muchnick. Así como me veo admirada por la obra de un editor que, casualmente, se llama Jacobo Muchnick (aporto estas consideraciones para una lectura más juiciosa de la reseña).

68

Apelando al sentido común, y a la asepsia que dictan los tiempos, podría haber obviado al hombre y considerar exclusivamente su circunstancia editorial. Pero *Editing. Arte de poner los puntos sobre las íes -y difundirlas*, no es un texto que facilite ese desglose entre obra y persona, más bien al contrario, este libro adolece de una descompensación entre quién y qué, erigiéndose Jacobo Muchnick-hombre como protagonista indiscutible, al tiempo que mero testigo y relator de los logros de Jacobo Muchnick-editor, si bien esta exposición nos suele devolver al Jacobo-hombre que volverá sobre sí mismo para dejarnos claro que él es alguien emprendedor, inteligente, trabajador, osado, luchador, afortunado, apasionado... (valores innegables pero cuyo interés para el lector curioso por la edición viene a ser nulo), y cuya úlcera intestinal preocupaba a Marilyn Monroe (en fin).

También podría dejar de cargar las tintas sobre Jacobo Muchnick y considerar que puede ser el lector (yo, u otro) el errado al esperar algo concreto cuando se acerca a determinados libros. Yo lo hago habitualmente y ésta no es mi primera decepción. Pero francamente me sorprende que un editor (alguien que sin duda conoce lo que una portada, un título, un libro o un tema transmite al posible comprador) no sepa quiénes son sus potenciales lectores y qué buscan al abrir ese, y no otro, libro. También hay que reconocer que bajo esta sobredosis de personalismo de este ser de otro planeta, subyace un editor ejemplar cuya aportación al universo de los libros es incuestionable. Podemos acercarnos sin recelo a los libros en cuya portada figure J. M. en el apartado editorial. No creo que haya mejor prueba de ello que el catálogo que consiguió sacar adelante ya en los años 60: allí figuran Bertold Brecht, Arthur Miller, Italo Calvino, Rafael Alberti, Milosz, Arthur Rimbaud... y una antología de poesía china junto, por qué no, libros de recetas para cocineros desconocedores de la forma y uso de una sartén común.

Precisamente, esta admiración hacia la labor editorial llevada a cabo por Jacobo Muchnick me ha impulsado a ser más crítica hacia *Editing*, ya que su experiencia editorial es muy rica, y lo transmitido en su libro más bien pobre. Jacobo Muchnick apunta hechos que más tarde ni muestra ni descifra, nos deja ver tan sólo el boceto, sólo vemos apuntado aquello que queremos conocer: la repercusión sobre el libro de una sociedad y de un momento político y económico concretos, en su caso, la Argentina peronista; las estrategias municipales de propaganda y confusión con sus eslóganes “Tenga confianza. Siempre alegría” para tiempos de hambre; la lógica (por costumbre) y al mismo tiempo absurda evolución de la industria editorial; las ideas innovadoras que permiten que hoy la imprenta no sea un objeto prehistórico; la difícil toma de decisiones en una empresa de estas características; la responsabilidad del editor que se sabe de algún modo guía de lectura...Esto es lo que yo quería conocer (usado con toda su amplitud el término conocimiento), y a día de hoy desconozco.

No obstante, también es cierto que *Editing* me ha mostrado información valiosa: la constatación (que no por conocida, es menos necesaria que nos refuercen en ella) de que los libros no son tan sólo fantásticos seres que crecen en las librerías, sino que han de coexistir con prosaicos créditos y quiebras empresariales, y que llegan a nuestras manos impulsados por una maquinaria de feroz apariencia pero con variantes tan imaginativas como el legado de George Orwell; la posibilidad de apostar por la calidad defendiendo su mentalidad de editor pues “Si no fuera así, venderíamos chorizos, son más rendidores”; los sabios consejos de su socio Pellegrini cuando le dirige su “No hagas caso, ese libro que publicas es más perdurable que ese comprador”; su negarse a considerar que pueden existir libros “inconvenientes” (política y moralmente hablando) ni heréticos; su mirada al libro como sujeto con futuro, no como objeto inmediato...

69

De esta forma concluyo mi homenaje a Jacobo Muchnick, crítica en absoluto complaciente hacia su libro, pero absolutamente sincera hacia su obra. Por lo tanto, no desistiré, sino al contrario, seguiré conectando mi radar en las librerías persiguiendo todo aquello que se edite sobre la galaxia editorial y los locos disfrazados de empresarios cuerdos que allí habitan, esos hombres y mujeres que como Jacobo Muchnick pueden decir “Esos que yo llamo mis libros fueron publicados así, por gusto personal... Por mi viejo afán de difundir, de propagar. De contar a los cuatro vientos que había leído algo digno de ser leído por alguien más (...) El placer de compartir el placer”. Y también para conocer a esos otros cuerdos, con corbata de cuerdos, que editan a cuerdos, y a locos.

Por qué no me resisto a recomendar (aún cuando mi reseña era otra) *Leer con los cinco sentidos* de Víctor Moreno

Porque hay que atreverse. A invitar a leer aquello que yo tan sólo he comenzado a leer. Por eso no voy a hablar de este libro, no podría. Sólo invito por intuición, porque en unos pocos párrafos me ha hecho cuestionarme, y disentir totalmente, y asentir convencida. Porque me da la impresión de que es el tipo de obra (cada vez más inusual) que ofrece más de lo que aparenta ofrecer, de esos libros que busca el manitas para arreglar su circuito frigorífico y le convierten en técnico en circuitos al tiempo que le enseñan cómo se condimenta una lasagna de verduras. Entre muchas otras cosas.